

La palabra sobreproducción lleva, de por sí, al error. Es evidente que de ninguna manera puede hablarse de *sobreproducción de productos* —en el sentido de una masa de productos que resulta superflua respecto de la necesidad que haya de ella— mientras no se satisfagan las necesidades más apremiantes de una gran parte de la sociedad (o mientras se satisfagan *sólo* sus necesidades más inmediatas). Por el contrario, lo que decirse en este sentido es que, sobre la base de la producción capitalista, se *infraproduce* constantemente. El obstáculo que pone límites a la producción es la ganancia de los capitalistas, y de ningún modo las necesidades de los productores. Pero *sobreproducción de productos* *sobreproducción de mercancías* son dos cosas totalmente distintas.

— Karl Marx

Il Manifesto El nuevo carácter de la crisis capitalista*

Hace algunos meses dimos cabida, en este periódico, a un debate que implicó a un notable conjunto de fuerzas políticas e intelectuales, y obtuvo cierta repercusión. Partiendo del análisis de la crisis económica tratamos de evaluar cuáles eran las fuerzas reales, en la sociedad italiana, que solicitaban una política reformista, y qué posibilidades tenían de alcanzar el objetivo de un “nuevo modelo de desarrollo”.

La tesis que proponíamos, entonces, postulaba que existía un impulso reformista, en el conjunto del cuerpo social y en el mismo interior de la clase dirigente y del alineamiento político en el poder; pero que encontraría dificultades casi insuperables, ligadas no sólo al equilibrio concreto de las fuerzas, sino a mecanismos profundos del sistema económico e institucional. En esta necesidad y en esta imposibilidad de un proyecto reformista orgánico veíamos un peligroso caldo de cultivo para las tentaciones autoritarias, pero también un nudo de contradicciones favorables al desarrollo de una línea y de un movimiento alternativos.

Tal tesis encontró varias objeciones, tanto de parte de quienes seguían concediendo cierto crédito a las posibilidades de recuperación del modelo económico tradicional, dualístico, con una reestructuración que no alterase sus connotaciones esenciales; como de parte de quienes no aceptaban una previsión tan pesimista sobre la suerte del proyecto reformista. Sin embargo, se registró una significativa convergencia sobre la definición de la crisis —crisis estructural, de largo plazo, inatacable con medidas de coyuntura— y sobre el reconocimiento de los enormes obstáculos que la realidad italiana opone a un tipo de desarrollo diferente y más equilibrado.

Bastaron sin embargo la reconstitución del gobierno de centro-izquierda y la recuperación coyuntural de la producción, aunque “drogada” por la inflación, para resquebrajar aquellas convicciones que parecían sólidas. La discusión sobre la crisis quedó en suspenso. Los políticos de la izquierda se volvieron a convencer de que por el momento bastaba una “primera inversión de tendencia”. Los economistas más animosos volvieron a abarrotar los

*Ésta es una reflexión crítica, fruto del intercambio de ideas con diversos compañeros, que se inscribe en la nueva fase de la crisis económica italiana y mundial y se refiere a las cuestiones de análisis y de línea resultantes. No es un documento prematuro y vinculado a un tema todavía problemático, sino la base, sobre un texto del compañero Magri, para una discusión más abierta y profunda, que se desarrolla en el seno de nuestro movimiento y que proponemos a los demás sectores de la izquierda. *Il Manifesto*, Roma, 13, 15 de enero y 10 de febrero de 1974.

gabinetes de los ministros, no resistiendo ni al reclamo del poder ni a aquel otro, más sutil, que se daba dentro del marco de la coyuntura.

Hoy la situación parece madura para reanudar el hilo de una discusión.

La crisis vuelve a estallar con características aún más evidentes. La impracticabilidad del viejo tipo de expansión, que inflación y devaluación han deformado todavía más, parece obvia. Sobre la necesidad, en lo inmediato y sobre todo a largo plazo, de encontrar nuevos sectores y factores impulsores se pronuncian ya hasta los periódicos de los patronos, descubriendo como por encanto (y aún más “para su provecho”) un “vacío de necesidades colectivas” que la miseria cotidiana de millones de italianos no había tenido hasta ahora la elocuencia de llamar la atención.

¿Punto y aparte, entonces? ¿Se regresa al argumento del “nuevo modelo de desarrollo”, y se multiplican así las cartas de una gran operación reformadora?

A nuestro parecer no, o al menos no del mismo modo. Estos meses no han pasado inútilmente, y la crisis no se presenta de ninguna manera inmodificada. Incluso vale la pena detenerse —para poder formular alguna previsión y poner las cosas en claro— precisamente sobre estas novedades. La primera de éstas, y con mucho la más importante, está en la calificación de la crisis económica italiana como aspecto de una crisis internacional.

LA CRISIS ITALIANA COMO UN ASPECTO DE LA INTERNACIONAL

Ya hacía tiempo, en realidad, que este entrelazamiento empezaba a mostrarse. Desde agosto de 1971 —en el momento de las imprevistas decisiones de Nixon sobre la convertibilidad del dólar y sobre las relaciones comerciales con el exterior— pareció claro que borrascas monetarias de semejantes dimensiones no podían ser sino el aspecto superficial de contrastes y dificultades mucho mayores. La posterior permanencia de estos fenómenos, a pesar de la drástica devaluación de la moneda norteamericana, y por otra parte la acentuación y generalización de la inflación en todos los países de Occidente, han confirmado la preocupación, quitándole toda credibilidad a la perspectiva de una economía mundial en ordenada expansión bajo el estímulo de la competencia pacífica y la protección de la coexistencia entre los grandes Estados. Para un país de economía frágil y en dificultades como Italia, el hecho mismo de la agudización de las contradicciones interimperialistas, de la concurrencia comercial y de los impulsos inflacionarios inducidos desde el exterior, era ya en sí extraordinariamente peligroso, y estrechaba aún más los márgenes de maniobra para el reinicio y la reforma del mecanismo de desarrollo. No por casualidad, sin embargo hubo

también quines vieron en aquellos mismos fenómenos un incentivo posible, una mejor posibilidad para el lanzamiento de una política reformista: porque de ahí deriva una menor rigidez de los vínculos monetarios respecto a nuestras alternativas internas (fluctuación de la lira), y porque de la restauración en curso a nivel mundial podía salir, aun entre mil tensiones, un nuevo y dinámico equilibrio (industrialización de nuevas áreas, nueva división del trabajo entre los Estados), en cuyo contexto la economía italiana, debidamente guiada, podía aspirar a un papel superior. Eran hipótesis absolutamente arriesgadas —como nosotros tratamos de decir— pero no absurdas.

Con la escasez y el encarecimiento del petróleo (que además de escasez y encarecimiento de gran parte de las materias primas), y con la consiguiente amenaza de recesión en toda la economía occidental —no sólo por las consecuencias directas, sino por el efecto multiplicador negativo que tales fenómenos asumen en una economía que se considera desde hace tiempo “suspendida” sobre una creciente inflación—, la crisis capitalista internacional ha dado un salto cualitativo. También en esto, como en el caso de las tempestades monetarias y comerciales, no es tanto el fenómeno en sí, y en su inmediatez, lo que cuenta y lo que nos debe hacer reflexionar: incluso podrán darse aflojamientos en la crisis energética y ponerse en práctica, precisamente gracias a ella, políticas antiinflacionistas más eficaces como por ejemplo nuevas políticas salariales. *Cuenta por el contrario lo que está detrás: la crisis estructural de todo un modelo de desarrollo a nivel mundial.* Trataremos de explicarnos mejor, para no ser, como de costumbre, acusados de catastrofismo o ideologismos.

Ya en su aspecto inmediato la crisis del petróleo se presenta como un nudo de contradicciones ni superficiales ni pasajeras: nuevo poder contractual asumido por los países productores de materias primas en un cuadro mundial que se caracteriza por el equilibrio pentapolar y por la disgregación de los diversos campos; impulso de sacar partido, que nace en sociedades ya no gobernables por las burguesías de Estado parasitarias, y de las ambiciones subimperialistas de una parte de aquellas mismas burguesías; competencia entre los Estados Unidos, Europa y Japón, no aliviada por la devaluación del dólar, que impuso a los norteamericanos una remodelación demasiado rápida e injustificada de su función imperial; necesidad para el capitalismo europeo de enfrentar la creciente y crónica tendencia inflacionista y de remover posiblemente las causas profundas. Pero, probablemente, se transparenta en la crisis energética algo menos inmediato pero mucho más significativo.

El desarrollo constante e impetuoso de la economía capitalista (ese desarrollo que ha conformado no sólo el sentido común de las masas sino también el horizonte científico de los economistas de nuestra generación) *puede ser interpretado en base a dos procesos integrados*

entre sí. Y de estos dos procesos la actual crisis del petróleo comienza a mostrar el límite insuperable.

Ante todo, en el seno de los mayores países capitalistas, el crecimiento de la renta global producida y consumida *ha sido siempre y en todas partes el resultado de un extraordinario incremento de la productividad en algunos sectores directamente productivos, capaces de compensar ampliamente el hecho de que, contemporáneamente, una parte creciente de los recursos humanos y materiales permanecieran inutilizados, trabajasen a bajo régimen, o fuesen dedicados a usos cuya utilidad parecía cada vez menos clara.* Centro motor de todo desarrollo desigual, base de esta pirámide invertida, era la íntima relación entre ciencia y ganancia: al aplicar de manera cada vez más intensiva la ciencia allí donde apuntaba la ganancia, la tecnología podía renovarse sin impedimentos, la parcelización del trabajo daba buenos resultados; y por otra parte se depuraba el horizonte de la ciencia, y en primer lugar de la económica y social, de todo criterio de evaluación de los costos, y de toda finalidad que no fuese inmediatamente funcional para la ganancia. Así, en cada punto de aquella zona impulsora del sistema, no sólo el rigor de la “economicidad” iba diluyéndose, sino que se restauraba el reino de la irrazonabilidad y del desprecio, bien fuera por efecto directo del “particular modo de funcionamiento” de los sectores decisivos, o bien por la imposibilidad de integrar en un mecanismo capitalista dimensiones y sectores de la sociedad no homogéneos a él. En particular, en la “zona inferior” del proceso productivo hemos visto crecer los fenómenos de disgregación social, los estratos parasitarios, el consumo de derroche, el deterioro ambiental y humano; mientras que en la “zona superior” se ha mantenido la explotación intensiva y dilapidatoria de los recursos de la naturaleza, patrimonio dado y acumulado en milenios, ofrecía abundantes y a bajo costo con sólo que el hombre se mostrara en condiciones de “consumirlo”.

El agotamiento, gradual pero seguro, de las materia primas y de las fuentes energéticas, así como, más en general, el desastre ecológico, no son sino la consecuencia directa de este modelo de desarrollo, y el obstáculo que encuentra en el momento en que, por primera vez, los “costos” que siempre habían existido asumen una incidencia directamente estimable para el capital. Se trata de una frontera elástica por ahora, modificable con mil astucias y escaramuzas, pero más allá de la cual se adivina ya el límite intraspasable, o al menos la irracionalidad ya insoportable, que se funda en la explotación material de la naturaleza como único alimento de la civilización, o aún más, como sucedáneo y cobertura de una disgregación creciente de la vida social y colectiva. *Por lo demás esto mismo podría demostrarse, aunque en forma menos sencilla y directa, también por el fenómeno de la*

inflación crónica: ¿Qué es lo que está en el fondo de ella, en realidad, sino el crecimiento de los sectores parasitarios de la economía y la modificación paralela de las relaciones “espontáneas” de fuerza entre capital y trabajo en las ramas directamente productivas?

El otro gran factor de expansión de las fuerzas productivas en el capitalismo maduro ha sido ofrecido —nadie lo pone en duda— por la integración de nuevas áreas y regiones del mundo: en particular, en los últimos treinta años, Europa occidental y el Japón. Tal conquista de nuevas fronteras —que ha tenido gran valor económico y un gran valor de estabilización político social— aparece, en los últimos años, en vías de agotarse. Y a eso ciertamente se debe gran parte de las dificultades y tensiones aparecidas en el sistema: el espacio de que dispone nuevamente es demasiado restringido para el dinamismo del capital internacional, y se reinicia la competencia entre sus diversos sectores para acaparar una cuota creciente. Sin embargo, hasta ahora seguía siendo plausible la hipótesis de que, a condición de eliminar ciertos obstáculos políticos y sociales, la “operación Europea” podría repetirse, quizá a escala aún mayor, al menos con respecto al este europeo y a una parte de los países en vías de desarrollo (Brasil, etc.). La crisis energética vino sin embargo a destruir esta hipótesis de optimista proyección cuantitativa del pasado en el futuro, típica de la cultura burguesa. *En efecto, la crisis confirma con la elocuencia de la práctica una cosa que ya se sabía desde hacía tiempo: que el modo de producir o de consumir del capitalismo maduro no puede, incluso por “razones físicas”, ser extendido, al menos en su forma actual y en la que tendrá en el periodo medio imaginable, a nuevas e importantes zonas del mundo.* Ciertamente no son sólo estas razones *físicas* las que obstaculizan la extensión del área del capitalismo avanzado: igualmente se oponen la especificidad económica, social, institucional, de los nuevos *partners* potenciales (la Unión Soviética de 1973 no es la Francia de 1946, el Brasil de hoy no es la Italia del Plan Marshall); así como el nuevo equilibrio mundial entre las grandes potencias, y otras muchas cosas además. Y sin embargo esta dificultad, *física*, no sólo es suma ahora a las otras, sino que quita a la perspectiva del “desarrollo” y de la opulencia aquel carácter simple, y aquel ritmo apremiante, en función de los cuales no pocos de los impedimentos políticos y sociales podían ser más fácilmente eliminados.

¿LÍMITE NATURAL O CONTRADICCIÓN SOCIAL?

Entiéndase bien: no queremos absolutamente decir que *la contradicción social naciente en el modo capitalista de producción, raíz de su descomposición, vaya siendo sustituida por otra, de tipo “natural”*. Queremos decir exactamente lo contrario: que tal contradicción social, en

la constante búsqueda de soluciones que le permitan perpetuarse (y que al mismo tiempo la empujan a niveles siempre nuevos), ha puesto en movimiento un proceso de destrucción de las mismas condiciones de existencia y convivencia de la especie y del ambiente natural que se ubica. Para decirlo más concretamente: durante cuarenta años el capitalismo occidental ha encontrado algunos mecanismos (la explotación, en formas diversas pero crecientes, de otras áreas mundiales, la disipación de patrimonio natural, la disgregación del tejido social precedente) el instrumento para ampliar la base de consenso en su interior, para mediar en las luchas obreras, para construir un bloque de poder con nuevos estratos intermedios; hoy día estos mecanismos manifiestan plenamente sus consecuencias y sus límites incluso desde el punto de vista de la ampliación capital. Y el sistema se verá probablemente constreñido o a “forzar” esos límites de modo violento (reanudación de los antagonismos interestatales), o a responder en su interior una lógica más “dura” con respecto a las masas, un tipo de expansión más desigual, selectiva, un tipo de poder más represivo. *En consecuencia, en ambos casos (como causa y como efecto) el límite “natural” remite directamente al “social” y expresa sin embargo en forma nueva, más rica y universal, todo su valor.*

Se plantea así, por presión de las cosas y no por academicismo o pasión ideológica, una interrogación que ahora no podemos afrontar pero que ya debería ser tomada en cuenta: ¿ésta es a la que según muchas señales estamos aproximándonos, es una de las diversas crisis históricas más allá de las cuales el modo de producción capitalista ha renacido de sus propias cenizas con rostro nuevo e inesperada vitalidad, o bien señala el límite extremo más allá del cual es imposible un desarrollo capitalista, *en el sentido de que se identifica inmediatamente y sin remedio con regresión y catástrofe?* En otros términos ¿se trata de introducir en el sistema una capacidad de programación de la investigación científica, de estimular ciertos sectores del consumo del consumo en forma de crear nuevas comodidades, de imponer ciertos vínculos a las posibilidades de inversión, para obtener un “nuevo modelo de civilización”, pero siempre alimentado por la producción de mercancías y por el cálculo de la ganancia? ¿O bien lo que hoy entra en crisis es el único “modelo de civilización” de que el capitalismo es capaz, el único tipo de desarrollo de las fuerzas productivas que la ganancia puede producir, y por lo tanto su sustitución implica, so pena de parálisis, un principio de organización de las relaciones entre los hombres nuevo y radicalmente distinto?

Son interrogantes muy difíciles de responder en forma rigurosa porque la respuesta implica un planteamiento crítico profundo de toda la experiencia histórica del capitalismo y de lo que hasta ahora se ha llamado socialismo. Un replanteamiento para el cual los textos de Marx (y mucho menos los de sus seguidores) no ofrecen instrumentos ya perfeccionados, sino sólo

estímulos y sugerencias. Se trata, para decirlos en una sola palabra, de captar hasta el fondo, críticamente, en su unidad, y no sólo en su oposición, la relación entre fuerzas productivas y relaciones capitalistas de producción, de ver cómo y en qué medida la configuración material de todo aquello que forma nuestra vida lleva el signo del sistema social en cuyo contexto ha nacido, y de cómo, respectivamente, no es posible salir de cierto sistema de relaciones sociales, de organización de la producción, sin criticar y revolucionar todo el contexto del que ese sistema representa al mismo tiempo el productor y el producto. La relación entre capitalismo y civilización industrial es la que hoy exige análisis menos aproximativos, tan lejos del romanticismo económico como de las ingenuidades productivistas.

Es sorprendente sin embargo el cinismo con el que actualmente se rechazan y archivan estas interrogantes; la frivolidad con que gacetilleros burgueses y diputado comunistas están prontos a empuñar la autocrítica de ese “tipo de civilización” del que durante años han sido sacerdotes fanáticos, o resignados defensores, pero conservando una confianza inmutable y tranquila en la evolución de las cosas. *Lo que ayer era tan “objetivo” que no parecía destructible ni siquiera con una revolución radical, es descrito hoy como modificable sin siquiera cambiar el partido en el gobierno o la forma de las instituciones.*

Nosotros no estamos dispuestos a tan fáciles seguridades. Desde hace tiempo estamos persuadidos, y lo repetimos, de que el capitalismo ha entrado en una fase histórica nueva, en la que su desarrollo enloquecido asume cada vez más claramente un carácter regresivo, y por lo tanto en el que se vuelve a proponer, en tiempos históricos, pero con clara evidencia, la alternativa entre revolución y catástrofe. Y sin embargo no nos decidimos a decir, terminantemente, que la precipitación de esa alternativa se identifica ya con la crisis específica que estremece hoy al capitalismo internacional, y que por lo tanto esta crisis está destinada a seguir en curso rápido y lineal. Actualmente hay muchos elementos que parecen apoyar esta hipótesis, pero no son todavía concluyentes.

No obstante, a nuestro parecer, hay una cosa que parece ya del todo segura. *Lo que enfrentamos no es un simple periodo de reestructuración y, gracias a ésta, de renovación del sistema (un periodo similar al de los años 50). Se trata de una crisis de todo un equilibrio económico, social, cultural, más allá de cualquier desarrollo capitalista podría recuperarse seriamente —siempre que pueda recuperarse— solamente después de una transformación profunda, larga y dolorosa.* No olvidemos, por lo demás, que entre el capitalismo de tiempos de Lenin y el que hoy conocemos no han pasado únicamente las invenciones del señor Ford y de lord Keynes, sino dos guerras mundiales, revoluciones, represiones gigantescas, el violento hundimiento de grandes imperios y el violento surgimiento de nuevos pueblos. Es

probablemente de estas dimensiones el orden de los problemas que se perfilan, aunque sea con tiempos y formas que aún están por definirse. No creemos posible que esta crisis asuma inmediatamente el carácter de una recesión general y vertical, del tipo de 1929; pero por otra parte es casi seguro que nos encontraremos durante años operando en un mundo capitalista dominado por crecientes dificultades para la expansión de su propia base productiva y por crecientes tensiones entre Estados y entre grupos sociales, en un cuadro de estancamiento. Los procesos de reestructuración se lanzarán fundamentalmente como medio para enfrentar la crisis y para descargar su precio sobre otros; pero no será fácil, sino todo lo contrario, utilizar la crisis para operar reestructuraciones totales y eficaces. Estos son los hechos, la previsión razonable que se desprende de los recientes acontecimientos internacionales y a la que también la sociedad italiana tendrá que enfrentarse.

Esto hace cambiar totalmente la discusión sobre la crisis italiana y sobre las políticas necesarias para enfrentarla. La única formulación dignamente rigurosa del “nuevo modelo de desarrollo” sobre el que se construyó el diseño de la “nueva mayoría” tenía como elemento esencial el hecho de poder introducirse en una economía internacional en constante y segura expansión; aun si tal introducción, a diferencia del pasado, debía ser dirigida y no sufrida pasivamente. Precisamente la demanda creciente del mercado internacional y la conquista de un nuevo e importante papel en el seno de éste debía permitir la rápida extensión de la base industrial italiana (industrialización del sur, niveles de ocupación y “productividad” muy superiores) sin una drástica reducción del consumo interno, ni una planificación económica rígida e imperativa (o sea impuesta por decisiones centralizadas, sin referencia directa al mercado y al consumo). En tal cuadro incluso el gasto previsto, y las auspiciadas reformas, en el sector de los consumos sociales, podían no sólo encontrar fuentes de financiamiento, sino, permitiendo una disminución del costo de ciertos bienes-salario y una mayor paz social, volver también más competitivos a los sectores de punta y alimentar así el proceso de desarrollo. (¿No fue ésta, por otra parte, la operación que lograron brillantemente las socialdemocracias nórdicas?)

LA NUEVA HIPÓTESIS REFORMISTA

En el momento en que la economía italiana deba enfrentarse a un largo periodo de recesión, o al menos de relativo estancamiento, a nivel mundial, el problema del “nuevo modelo de desarrollo” cambia profundamente. *Consumos colectivos y agricultura, o sea los actuales*

sectores atrasados, deberán convertirse, a través de oportunas intervenciones del Estado, en los auténticos factores impulsores del crecimiento productivo, garantizar la ocupación, y así financiarse incluso a sí mismos.

No casas o transportes o escuelas para permitir a la Fiat producir más automóviles con mayor tranquilidad y menores costos; sino casas o transportes o escuelas en el papel impulsor que automóviles, carreteras o petroquímica han tenido en los veinte últimos años.

De esta manera parecería ofrecerse un terreno finalmente sólido para la convergencia entre clase obrera y sectores dinámicos del capitalismo, una base programática sobre la cual, aunque con recíprocos sacrificios y luchas no fáciles, podría construirse un nuevo compromiso histórico, más ecuánime que el de 1945, y por lo tanto con un papel de plana y activa corresponsabilidad de las fuerzas de izquierda. Pero no es una casualidad, a nuestro parecer, que a tal concordia de propósitos correspondan tan pocos actos concretos, y que la política reformista aparezca cada vez más difuminada en el contenido y en el tiempo. Porque a la convergencia de las palabras corresponde una creciente separación de la realidad. *El “pequeño detalle” que este “modelo” descuida es que la expansión de los consumos sociales (o de la agricultura) —cualesquiera que sean las políticas económicas puestas en práctica— no puede funcionar como el efectivo sector impulsor del desarrollo económico capitalista.*

El peso de la prueba, a decir verdad, debiera caer sobre todo en los reformistas.

Pero nuestros reformistas no se fijan tanto en los detalles, a ellos les basta que una idea, aproximada, sea creíble a grandes rasgos, como instrumento y cobertura inmediata de una operación política, y luego ya se verá. Así, como suceda a menudo, toca a quienes no creen en el reformismo, analizar más a fondo la coherencia y la dinámica, para prever los procesos reales que aquél puede provocar, y utilizarlos para otros fines.

La cuestión de si los consumos sociales pueden actuar como sector impulsor del desarrollo capitalista puede ser enfrentada a varios niveles. *Un primer nivel se refiere a los obstáculos que oponen a una política de expansión de los consumos sociales los intereses parasitarios presentes y dominados en tales sectores (renta y especulación urbanas, intermediación comercial, gremios y colegios profesionales, etc.); el entrelazamiento, económico y político, entre tales intereses y el capital monopolístico; en fin, la total incapacidad para operar en tal dirección por parte de un sistema político-institucional fundado en mediaciones interclasistas, en el equilibrio de las corporaciones, en el uso clientelar del aparato estatal.* Sobre todo eso se ha insistido hasta ahora, y con mucha razón, porque éstas eran precisamente las razones concretas del atraso y la irracionalidad del consumo social en un país como Italia, particularmente en una fase de expansión económica basada en la alianza entre grupos

monopolísticos y clase media parasitaria. Sin embargo, ya desde hace tiempo esa expansión está en crisis, se abren grietas en el bloque dominante, y es legítimo por lo tanto preguntarse si la fuerza misma de la crisis no pueda realizar lo que en la fase de desarrollo demostró ser imposible.

Un segundo nivel se impone en seguida al análisis: las razones que han impedido enfrentar el problema de los consumos sociales, y de hacer ellos un elemento propulsor del sistema, *incluso en países donde los intereses parasitarios eran mucho menos poderosos y antiguos, donde el Estado tenía una eficacia y unidad mucho mayores, y donde por otra parte, se hubiera podido de tal manera evitar grandes problemas políticos y sociales.* Pensemos, por ejemplo, en el caso de los Estados Unidos, en el recurrente fracaso de su proyecto de “gran sociedad”. A este fenómeno, economistas y sociólogos han ofrecido múltiples y convincentes explicaciones: *el obstáculo opuesto al consumo colectivo, que por naturaleza es tendencialmente igualitario, da una distribución orgánicamente desigual del ingreso porque la desigualdad es el núcleo de todo el mecanismo social dado; el papel siempre relativamente marginal que ejercen en la producción y distribución de los bienes colectivos la ganancia privada y el mercado, que siguen siendo los pilares del sistema; las escasas ocasiones de innovación tecnológica y la casi total ausencia de un mercado internacional en el sector de los consumos colectivos, al menos en su forma física actual.* Todos factores decisivos: al menos respecto al capitalismo que conocemos históricamente. Y es legítimo deducir de ello que, puesto que Italia se encuentra en la situación de operar en un contexto económico internacional que va en dirección opuesta a la de los consumos colectivos, pensar basar en ellos el mecanismo de expansión interna es pura fantasía.

Pero, falta por preguntarnos, ¿no sería posible, ahora que la crisis se generaliza, buscar en esta dirección una respuesta total para todo el mundo capitalista y hacer de Italia el terreno de prueba de una “reforma” destinada a generalizarse?

Y ahora se plantea el tercer, y decisivo, nivel de análisis: aquel que concierne a las razones por las que no ha sido posible un modelo construido en base a las necesidades colectivas ni siquiera en países que sin embargo han ido muy lejos en el camino de la nivelación del ingreso o de la formación de una conciencia pública solidaria (como Suecia), y tampoco en países que disponen de un poder planificador casi absoluto (como la URSS). Nadie puede afirmar, en efecto, que exista un parentesco directo, en la sociedad sueca, entre el aparato industrial avanzadísimo, que produce fundamentalmente bienes de inversión para el mercado mundial, y la “producción de bienes de consumo colectivos”; e igualmente nadie puede negar que los resultados del plan soviético son mucho más brillantes en el sector de los armamentos

que en el de la agricultura y de los servicios sociales. En uno y otro caso, estos sectores “impulsan” al conjunto, pero lo “impulsan hacia abajo”. ¿De dónde nacen dificultades tan profundas? Se pueden hacer algunas hipótesis.

¿PUEDE EL CONSUMO COLECTIVO SER FACTOR IMPULSOR EN UN SISTEMA CAPITALISTA?

Sector impulsor, en una economía capitalista, no es equivalente a sector prioritario, aquel al que la colectividad atribuye mayor utilidad y dedica mayores recursos. Más específicamente, es aquella parte del sistema productivo capaz de ejercer efectos multiplicadores sobre el conjunto: ofreciendo una demanda particularmente dinámica y difusa o estímulos particularmente eficaces a la actividad y al ahorro individual; o bien, y sobre todo, ofreciendo directamente condiciones favorables a la innovación tecnológica y a la formación de la ganancia, que luego se propagan a todo el sistema.

El primer caso ha sido, en los decenios pasados, el de la urbanística residencial y especulativa; el segundo el de la industria militar; mientras que la industria automovilística ha funcionado en ambos planos. Consideremos por lo tanto desde estos dos puntos de vista el sector de los consumos sociales (un razonamiento distinto aunque con conclusiones probablemente análogas debería hacerse respecto a la agricultura) y demos además por descontado lo que no está descontado: que existan la capacidad y el sistema institucional capaces de crear y organizar en forma eficiente una demanda pública de servicios colectivos y de obtener el financiamiento necesario.

La primera observación es que muy difícilmente la demanda global de recursos (capitales y fuerza de trabajo) absorbida por los consumos sociales puede, en términos absolutos, y a largo plazo, crecer a ritmo elevado. En efecto, si observamos el modo en que las actuales sociedades capitalistas satisfacen ya las necesidades que podrían y deberían dar lugar al consumo social (transporte, habitación, salud, instrucción), no es difícil darse cuenta de que, aun en los países más carentes, como Italia, no nos encontramos frente a una insuficiencia física de recursos empleados, respecto al nivel alcanzado globalmente por la sociedad, sino frente a un modo absurdamente irracional de emplearla, tanto desde el punto de vista de aquello que se produce, como desde el cómo se produce y cómo se distribuye. El ejemplo del transporte, obviamente, es el más elocuente: ¿quién podría negar que una organización colectiva del transporte garantizaría una mejor satisfacción a la necesidad de movilización como un empleo de recursos mucho menores a los absorbidos por la motorización privada?

En otros casos (escuela, sanidad) el hecho es menos evidente; porque existe una efectiva carencia material. Pero incluso ahí el aspecto prevaleciente, con mucho, es el bajísimo nivel de productividad de estos servicios, derivado de su gestión privada, de la presencia de mecanismos parasitarios, y en general del hecho de haberlos concebido únicamente como depósitos del gasto público y área de estacionamiento de semiocupados. En el mismo sector de la habitación, basta pensar en el gato producido por el atraso y la pulverización de la construcción, para ver que un proceso de racionalización desocuparía fuerza de trabajo a mayor velocidad de la que el crecimiento de la producción podría desarrollar para ocuparla sobre nuevas bases. *En resumen, en el momento en que se pusiera en práctica una política reformadora y racionalizadora en el sector de las necesidades colectivas no es de esperarse un automático efecto multiplicador por parte de la demanda.*

Se puede objetar que nada impide aumentar indefinidamente esta demanda dado que no existen límites físicos a las necesidades colectivas y que por el contrario, en este sector, lo que cuenta es el poder público y por lo tanto una decisión bien informada. Pero esto es cierto sólo en apariencia. Tanto el nivel como el carácter de las necesidades son, en cierta sociedad o en cierta época, bien determinados históricamente, al punto de ser una de las principales condiciones de la producción. Esta determinación es tanto más (y no menos) precisa cuanto más se aleja el nivel de los consumos del de la pura subsistencia, cuando (y cuanto más) se vuelven complejas la producción y la organización social y producen a su vez la naturaleza de las necesidades: como es, evidentemente, el caso del capitalismo moderno. A este nivel, considerar las necesidades (además de, evidentemente, la demanda afectiva) como algo orientable autónomamente respecto al modo en que los hombres se organizan y producen, no tiene sentido; ni tampoco se ve cómo la “voluntad pública”, tanto más ligada a los intereses dominantes y a los valores corrientes, debería diferenciarse en eso de la individualidad.

Ya por este solo hecho es sumamente improbable que una sociedad organizada sobre los valores del individualismo y de la competencia logre imponerse una jerarquía de consumos fuertemente desequilibrada a favor de los consumos sociales. Pero admitamos también que, gracias a la presión del movimiento obrero organizado, como sujeto de una nueva hegemonía y portador de nuevos valores, sea posible. La dificultad más grave sigue sin resolverse. Al capitalismo no le sirve un consumo cualquiera, ni mucho menos un consumo “útil”, le sirve un consumo de mercancías: para eso es precisa *la satisfacción de una necesidad humana a través de la mediación de un bien o de un servicio producido, y presente en el mercado.* Para esto, en su desarrollo, el capitalismo ha reducido progresivamente el conjunto de tiempo y el conjunto de las actividades no propiamente laborales de que el hombre dispone, a actividades

de puro consumo: predominantemente destructoras de bienes. Incluso las formas más sofisticadas de tiempo libre y de consumo voluntario han asumido en efecto este carácter pasivo y dilapidatorio. Aquello que comúnmente se define como consumismo no es en realidad más que esto: la separación definitiva del consumo de la producción, que no es en absoluto su autonomía, su elevación a libre expresión de la personalidad, sino por el contrario la condición de su perfecta funcionalización a la producción y a la ganancia que la regula. Pero como este mecanismo esteriliza el proceso de formación y de cualificación de las necesidades, al menos de aquellas por las que alguien es realmente capaz de trabajar y de esforzarse, el sistema ha tenido que elaborar mil mecanismos artificiales de estímulo a un consumo hecho ya de modos diversos e inútilmente complejos para satisfacer la misma necesidad, o que no tiene más contenido que el del prestigio y del símbolo de status. *Ahora bien, cuando se pasa al sector de los consumos colectivos las cosas cambian profundamente, en el sentido de que inmediatamente aflora el límite, la contradicción profunda del consumo en su forma capitalista.* Ante todo los varios mecanismos de la competencia individual, estímulos del derroche, pierden casi todo valor: tiene un sentido atesorar pieles o gozar solitariamente de cuadros valiosos, moverse lentamente en automóviles inútilmente grandes y veloces; no tiene ninguno disponer de más hospitales de los que se precisan para enfermos graves, o asistir largo tiempo a la escuela para aprender profesiones que luego no se van a ejercer. Sólo un poder grotesco y despótico puede imponer inútiles gastos colectivos de prestigio. *Por otra parte, cuando se piensa en concreto en un consumo colectivo no de despilfarro, ni subalterno a la producción, se ve inmediatamente (es decir, mucho antes que en el capo del consumo privado) cómo tiende a recomponer la unidad entre producción y consumo, a dejar espacio a la actividad libre y creativa, y sólo marginal y secundariamente a expresar una demanda de mercancías.* Es cierto que la escuela tiene también necesidad de aulas y materiales didácticos; pero cuando se la conciba fuera de los límites estrechos de la instrucción profesional y de la institución separada (límites que por lo demás ya la escuela de masas en su nivel actual ha hecho saltar) y se la conciba como un instrumento permanente e integrado de la actividad cultural colectiva, es evidente que, aun absorbiendo una parte rápidamente creciente de los recursos sociales y de la actividad humana, sólo marginalmente ofrece un estímulo a los sectores tradicionalmente productivos. Y aún más: la salud, y en general el perfeccionamiento biológico y psíquico de la especie humana, ofrecen un campo inagotable de la expansión de las necesidades y de absorción de los recursos: pero apenas se enfrenten estos problemas por lo que ya son hoy día (prevención de las enfermedades, lucha contra sus causas sociales, investigación médica y biológica, higiene mental, etc.) es evidente

que sólo una parte decreciente de tales recursos asume la forma del consumo de mercancías producidas (medicinas, instalaciones, edificios) y que incluso nuevos vínculos pueden por el contrario derivar hacia la libre búsqueda de la ganancia. *En suma, aquella auténtica, rápida expansión del consumo colectivo que hoy está históricamente madura, no estaría destinada a presentarse como una demanda masiva y permanente de los bienes producidos por la industria, sino más bien como la forma directa de empleo, fuera del circuito del mercado, de actividades humanas y materiales progresivamente hechas disponibles por un sector directamente productivo cada vez más eficiente pero cada vez más restringido. No sectores “impulsores”, es decir, desarrollo capitalista, sino alternativas respecto a su lógica.*

LA INEFICACIA CRÓNICA DEL SECTOR PÚBLICO EN EL SISTEMA ACTUAL

Consideramos ahora la otra forma en que un sector puede ser impulsor: como centro de aceleradas innovaciones técnicas y de altas tasas de acumulación. El razonamiento puede ser aquí todavía más sencilla, la conclusión más evidente.

En primer lugar, cualquiera que sea la voluntad del poder público de dejar lugar, e incluso de estimular, la presencia directa del capital privado en los sectores del consumo social, *es evidente que este último puede desarrollar solamente un papel no primario*: porque puede construir transportes públicos, hospitales o escuelas, pero difícilmente administrarlos; y porque se trata de bienes no perecederos, respecto a los cuales, por lo tanto, la innovación tecnológica sustitutiva del bien se introduce más lentamente y más lentamente se difunde. La expansión de los consumos colectivos no puede dejar de producir, por lo tanto, también la extensión de formas públicas de producción y de gestión de los servicios.

Por sí solo, esto significaría poca cosa: ¿por qué no plantear la hipótesis de una fuerte dosis de innovación o una alta tasa de productividad y de acumulación precisamente en el sector plenamente público? Solo que aquí afloran todos los problemas no resueltos del funcionamiento racional y eficiente del aparato productivo de propiedad y gestión estatal. Éstos no son únicamente problemas prácticos, capaces de ser enfrentados y resueltos por vía práctica. Hay que preguntarse: ¿por qué allí donde el mecanismo privado de la producción (salario ligado al mercado de trabajo, libertad de despido, liquidación de las instalaciones improductivas, etc.) deja el lugar a mecanismos públicos, las viejas y conocidas irracionalidades de la anarquía capitalista son sustituidas por otras formas de derroche y de inmovilismo ciertamente no menos graves (la burocracia, el clientelismo, la ineficiencia, etcétera)? ¿Por qué en las economías occidentales administración pública se ha convertido en

sinónimo de atraso (y ciertas empresas públicas se sustraen a la regla actuando con criterios privados)? ¿Y por qué en las economías “socialistas” sólo la mayor tasa total de acumulación, la mayor racionalidad de las decisiones globales de desarrollo, las inversiones gigantescas y programadas, compensan —cada vez con mayor dificultad— la grave ineficacia de las empresas y de cada industria individual?

La única explicación plausible está en el hecho de que no puede modificarse con éxito la gestión económica, de privada en pública, sin modificar en lo profundo la realidad de las relaciones de producción y sociales, no se puede dismantelar un cierto mecanismo que tiene unidos a los hombres entre sí y los obliga al trabajo, sin sustituirlo con otros lazos y con motivaciones más libremente aceptadas pero igualmente válidas. Ésta parece por lo demás la verdad profunda del “modelo chino”, el secreto “simple” incluso de su buen funcionamiento productivo. Pensar, en una sociedad que permanece capitalista en su estructura y en sus valores impulsores, crear un sector público (realmente y no sólo como forma propietaria exterior) de la economía, más eficiente, dinámico, de más alta productividad que el privado, a nosotros nos parece algo irreal. Por este “pequeño inconveniente” desde hace casi cuarenta años pierden la cabeza, no sólo metafóricamente, los dirigentes de la agricultura soviética, o sea de aquel sector donde, aparentemente en las condiciones más favorables, en realidad en un contexto de relaciones sociales cuya sustancia capitalista no ha sido superada, la empresa pública busca inútilmente superar las miserables pero coriáceas y llenas de economías individuales.

Todo eso, entiéndase bien, no quiere decir en absoluto que orientarse hacia los consumos colectivos no representaría para un país como el nuestro, y aunque fuera aun en un contexto todavía capitalista, una cosa buena, un importante paso hacia adelante, un empleo más racional de los recursos, un elemento de justicia social. (Más adelante sostendremos lo contrario.)

Quiere decir sólo que no puede ser éste el nuevo factor impulsor de la economía capitalista, ni italiana, ni mundial.

Camaradas: Ahora vamos a abordar la cuestión de la crisis revolucionaria como base de nuestra acción revolucionaria. Y en ello necesitamos, ante todo, señalar dos errores extendidos. De un lado, los economistas burgueses presentan la crisis como una simple “molestia”, según la elegante expresión de los ingleses. De otro lado, los revolucionarios procuran demostrar a veces que la crisis no tiene absolutamente salida.

Esto es un error. Situaciones absolutamente sin salida no existen. La burguesía se comporta como una fiera insolentada que ha perdido la cabeza, hace una tontería tras otra, empeorando la situación y acelerando su muerte. Todo eso es así...

—Lenin

Por otra parte, no es casual que solamente en tres ejemplos este consumo ha tenido directa y explícitamente estimulante sobre el mecanismo capitalista: el del gato milita, en la forma de comisiones a la industria privada y como instrumento de penetración imperialista; el de los subsidios de desocupación y de pensiones, cuando han garantizado plena movilidad del trabajo y de maniobra en los niveles de ocupación; y el del apoyo al gasto en la construcción sobre todo, sin embargo, como instrumento de reestructuración del cuerpo urbano y de impulso de la motorización privada (los *new towns*): o sea siempre en términos no de expansión del consumo social en cuanto sector impulsor de la economía, sino de “uso” del mismo gasto social como base de apoyo tradicional a la ganancia privada y al consumo individual. Y no es casual que aún hoy, en Italia, no pudiendo proponerse seriamente ni una política de rearme, ni un ulterior descenso del nivel de población activa, la única dirección de “consumo social” que el capital logra ver con una cierta seriedad y concretamente es la de la “transformación del ambiente urbano”: o sea el apoyo público a la demanda de casas por parte de un nuevo grupo de compradores, y la proliferación de ciudades satélites, base objetiva de un “nuevo umbral” de la motorización.

LOS PROBABLES EFECTOS DE LA CRISIS ECONÓMICA SOBRE LOS ALINEAMIENTOS POLÍTICOS

A nosotros nos parece fundada —y fundada en datos estructurales y profundos y no sólo en las actuales relaciones de fuerza sociales y políticas— la convicción según la cual el capitalismo italiano no puede encontrar hoy solución a sus propias dificultades de desarrollo, intentar una reconversión productiva, en la única dirección en la que parece obligado a buscarla mientras no se abran nuevas perspectivas internacionales: precisamente la del consumo social.

De ahí derivan, en parte, dos órdenes de consecuencias. Ante todo —porque están desgastadas por el pasado, las esperanzas de un simple relanzamiento del viejo tipo de expansión, y totalmente difusas o inmaduras las diversas perspectivas de desarrollo inducidas por los procesos internacionales— es necesario prever una larga fase no sólo de inestabilidad económica y social sino de creciente dificultad de expansión productiva. Después de un largo periodo en el que los opuestos alineamientos políticos y sociales han tenido que acostumbrarse a manejar, o a utilizar, contradicciones presentes en un cuadro de permanente desarrollo, *se abre un período, quizá igualmente largo, en el que el enfrentamiento de clase se producirá, particularmente en Italia, en un cuadro de creciente estancamiento.* Esta

inversión no será súbita, ni unívoca: los principales factores de crisis que se presentan, a nivel internacional y nacional, operan a mediano y largo plazo; y la dimensión misma asumida por el sistema capitalista, su grado de compenetración, sus instrumentos de control de la economía, impiden a la crisis precipitarse en forma imprevista y con una progresión lineal. Tanto más por cuanto no existen ni las condiciones objetivas ni las subjetivas para que el sistema encuentre una rápida, fácil e ilusoria vía de escape en dirección a la violencia interna y externa. La gravedad misma de la crisis que lo sacude le quita muchos de los instrumentos clásicos para solidificar un alineamiento reaccionario capaz de “soluciones definitivas”.

Por esto aparecen superficiales e instrumentales las dramatizaciones que desprejuiciadamente, de improviso, parecen conquistar gran parte de la prensa y de las fuerzas políticas burguesas. Éstas buscan en el aprieto contingente provocado por el asunto del petróleo del Medio Oriente el medio para conquistar el mayor espacio de maniobra posible para enfrentar un futuro que adivinan bastante difícil. Por el contrario, la crisis es mucho menos inmediata, pero incomparablemente más profunda de cuanto los grupos dominantes y la izquierda tradicional dicen hoy, y probablemente más de lo que piensan. Estamos efectivamente en un punto crucial: pero en un punto crucial entre una crisis del sistema que opera *en el desarrollo*, y una crisis del sistema que sólo ahora comienza vistosamente a influir *sobre el desarrollo*. No faltarán en esta crisis coletazos, momentos de recuperación, procesos vistosos de reestructuración, pero en un cuadro general de estancamiento y de dificultades crecientes.

El segundo orden de consecuencias que nos parece posible deducir del razonamiento hecho, se refiere al modo en que previsiblemente se alienarán, en la crisis, las diversas fuerzas sociales y políticas. *El espacio real del “compromiso histórico”, nos parece hoy día bastante reducido*. Ciertamente, en torno a una política de los consumos sociales no sólo se discutirá muchísimo, sino que se harán intentos concretos y angustiosos. Y es así porque ésta es la única cobertura de que dispone la burguesía en su conjunto para imponer una política de contención del salario y de reducción del nivel de vida de las masas, pues le faltan ahora la fuerza y la capacidad para imponerla en un choque frontal y con instrumentos puramente represivos. Porque ésta es actualmente la carta de que dispone el capital avanzado para contratar tregua y elasticidad en el uso del trabajo en las fabricas, y simultáneamente para conseguir la racionalización de ciertos sectores atrasados y parasitarios, necesaria de todos modos para el futuro. Porque éste es el terreno natural sobre el que la izquierda reformista puede intentar construir una convergencia entre la clase obrera y capital avanzado. Porque éste, en fin, es también un terreno obligado de lucha para una clase obrera que debe defender

salario y ocupación en una fase en que ambos están *simultáneamente* amenazados y la lucha en la fábrica manifiesta por ello sus propios límites.

Pero si la política de los consumos sociales y del gasto público no puede contar con un desarrollo productivo independiente en gran parte de ella, ni está en condiciones de alimentar uno nuevo, se convierte entonces, no en base de un compromiso social, sino en ocasión de nuevos enfrentamientos y de decisiones dramáticas. Ya su financiamiento, imposible de ser cubierto dinámicamente por el desarrollo inducido, plantea de inmediato el problema: ¿quién paga? ¿Las masas populares, a través de la inflación galopante; o los estratos medio-superiores a través de la imposición fiscal? Expansión del consumo colectivo con sacrificio de los consumos privados: ¿pero de qué consumos? La redistribución de los recursos entre consumo colectivo y consumo privado comporta una redistribución paralela de renta entre las clases: ¿en provecho de quién?

Por otra parte, y consiguientemente: ¿Quién y cuánto debe ser sacrificado en el terreno de la ocupación? ¿Se considera prioritaria la salvaguarda de la ocupación en la industria, y en particular en la industria de alta productividad, y se hace funcional el gasto social a su penetración en nuevos sectores y a la liquidación de parasitismos y de sectores atrasados (urbanismo, comercio, administración pública)? ¿O se considera prioritaria la garantía del nivel global de ocupación, aunque sea a baja productividad, y con el riesgo de comprometer para siempre la competitividad internacional de las grandes industrias?

Acerca de estos graves problemas no sólo están destinados a enfrentarse el conjunto de la burguesía y el conjunto del proletariado, sino también a desarrollarse agudas contradicciones en el interior de las diversas posiciones. El conjunto del patronato y el gran capital ciertamente no tienen, en este momento, una convergencia de intereses sobre la cuestión de la inflación, del déficit de la balanza, de los impuestos; e incluso difieren en la cuestión de las “reformas” y de las medidas racionalizadoras. En la izquierda, los esfuerzos de los partidos reformistas para pactar la moderación y colaboración en las fábricas con ciertas contrapartidas de política económica, cambia de signo, y se enfrenta con muy distintas oposiciones, cuando se convierte en condición de este pacto la reducción efectiva del nivel de salario, el empeoramiento de las condiciones de trabajo, la disminución de los niveles de ocupación. Las palabras se hacen más iguales, pero los intereses más incompatibles.

Por todo ellos es nuestra convicción, mientras que sea y en cuanto sea posible, acerca de la política de consumos sociales se hablará mucho pero se hará poco, el poder continuará —aun a costa de soportar enfrentamientos políticos mucho más ásperos y de acelerar la amenaza de recesión— navegando entre inflación y deflación, extendiendo el gasto público

en forma genérica y casual. No es por casualidad que, a las primeras semanas posteriores a la crisis del petróleo, en que se hizo tanto ruido sobre el tema del “nuevo modelo de desarrollo”, siguió inmediatamente una prudencia mucho mayor. Las divisiones en el seno del gobierno, aun permaneciendo, se han trasladado a la falsa pero tradicional alternativa entre déficit de la balanza y la política de austeridad. Incluso las fuerzas de izquierda, o al menos sectores importantes dentro de ella, se han replegado sobre la gastada temática de las medidas de emergencia. No se tratará sólo de una “fase de espera”, sino de un periodo de peligros mucho más graves. Precisamente por la impotencia del aparato político-institucional, de esta “imposibilidad” suya para decir lo que sea, tanto más grave cuanto mayores resultan los problemas a afrontar, pueden en efecto nacer movimientos de tipo reaccionario (ligados a referéndum, a elecciones anticipadas, a iniciativas de los cuerpos estatales) no en cuanto expresión de alineamientos sociales consolidados o de programas definidos, sino como coletazos específicamente ligados al mecanismo político. Es difícil —a nuestro juicio imposible— que esto pueda representar una solución acertada y definitiva, precisamente porque las fuerzas y los contrastes reales se desarrollan a otro nivel y con otros alineamientos: pero puede originarse de ahí un deterioro grave de todo el equilibrio italiano. En resumen, en lo inmediato, vamos probablemente al encuentro de una experiencia semejante a la de gobierno Colombo: un centro-izquierda en putrefacción, con una posición de izquierda paralizada y una oposición de derecha que asume la iniciativa. Cuando luego el bloque dominante se vea obligado —porque será obligado— a tomar decisiones reales, a buscar no sólo con palabras nuevos equilibrios, una nueva alianza, precisamente en torno a los temas del consumo colectivo y de la lucha contra el parasitarismo, ello abrirá heridas aún más graves. La línea del compromiso histórico, el intento reformista, precisamente por la falta de alternativas, dominará la escena italiana por un tiempo nada breve, pero como una veleidad, un intento contradictorio sobre el que se agolparán las amenazas de un choque más radical. Algo mucho más parecido a la Republica de Weimar (aunque en un tiempo no necesariamente breve) que a los Estados Unidos del New Deal. La responsabilidad histórica de los actuales partidos de izquierda es la de enfilarse en esta prueba a ciegas. El problema, por el contrario, es cada vez más claramente aquel en que insistimos hace tiempo: utilizar esta dramática y angustiosa crisis para construir, aun sobre las mismas contradicciones de la experiencia reformista, una alternativa exitosa.

¿DEFENSA RÍGIDA U OFENSIVA MANIOBRADA?

Aun desde el punto de vista de una estrategia revolucionaria —tal como nosotros la concebimos: lenta construcción de una alternativa al sistema, “larga marcha a través de la crisis”—, las nuevas vicisitudes del capitalismo internacional y, por reflejo, las italianas, plantean grandes problemas y piden innovaciones no secundarias.

En muchos aspectos estas vicisitudes ofrecen el mejor terreno, el nivel de enfrentamiento más propicio, a la formación de un bloque histórico anticapitalista. No sólo porque la crisis asume cada vez más un carácter estructural, generalizado y prolongado, y aparece como muy grave sin que el sistema tenga instrumentos válidos de tipo reformista para controlarla. Esto era ya evidente antes, y la diferencia hoy es solamente de grado. La verdadera novedad está en el hecho de que, asumiendo una forma progresivamente recesiva la crisis está destinada: a] a debilitar fuertemente los mecanismos de integración y de compensación con los que el sistema reabsorbía hasta ahora la carga de protesta de las masas proletarias y de los marginados; b] a resquebrajar el tejido de la mediaciones corporativas sobre el que dominaba un bloque de poder muy vasto y ramificado; c] a comprometer definitivamente la ya gastada credibilidad del conjunto de valores de los que se alimentan el consumismo y la competencia individual, sobre el que se obtenía el consenso, y en el que la clase dirigente encontraba referencia segura; d] por último, a empujar el propio sistema a la búsqueda difícil y contradictoria de nuevos equilibrios, ofreciendo así terrenos de iniciativa a la impugnación de las masas. *Sólo en este punto, en este nivel de la crisis, los elementos de conciencia y las necesidades anticapitalistas tan vivas en la lucha de clase de estos años podrían salir de los confines de estrechas vanguardias, asumir carácter explícito, superar los límites de la impugnación sectorial, abarcar todo el capo de la superestructura, convertirse en suma, gradualmente, en razonamiento global y propuesta pragmática, y por lo tanto en sujeto de una efectiva hegemonía. Una crisis prolongada en la que las dificultades del desarrollo se entrelacen y se sumen a las contradicciones surgidas en el desarrollo; y en la que por tanto están vivas y operantes fuerzas y necesidades que luchan contra el naciente estancamiento pero fuera de cualquier horizonte capitalista posible, y en ello encuentren la base para su propio carácter simultáneamente clasista y “general”, revolucionario y “positivo”: he aquí las premisas reales cuya ausencia ha hecho fracasar hasta ahora la revolución en Occidente, el único terreno posible de un revolución “social”, o sea de una verdadera y positiva superación del modo de producción capitalista.* Aquella hipótesis estratégica en la que trabajamos desde hace tiempo, y—lo que cuenta más— en cuya dirección se ha orientado la práctica de las más avanzadas luchas de masa desde 1968 en adelante, debería ahora encontrar una confirmación más general; los “utopistas” aparecen como menos utopistas. Pero ésta es

sólo una cara de la situación presente.

La otra cara consiste en el hecho de que el movimiento, incluso en Italia —donde ha avanzado más cuantitativa y cualitativamente, ha tenido duración, unidad y carácter político, ha producido estructuras organizativas nuevas y autónomas, ha influido en vastos sectores sociales y a las mismas instituciones políticas—, ha llegado sin embargo a esta situación todavía totalmente impreparado. *Impreparado por que carece de una organización política y de un esquema de estrategia global, necesarios para sostener la lucha a nivel de la política económica, del empleo, de las estructuras de consumo social, de las alianzas; o sea respecto a los problemas reales que hoy propone la crisis.* Esto no es sólo un límite o un retraso, sino un peligro mortal: porque, en el momento en que asuma la forma de recesión, la crisis está destinada a crear dificultades crecientes a la lucha de fábrica, y por tanto más a una lucha de fábrica en gran medida confiada al radicalismo y el empuje espontáneo de las masas.

Se pueden ahora entender plenamente los daños causados, en particular, por la tregua de los últimos meses. Una clase obrera que en el enfrentamiento contractual y en la lucha contra Andreotti* logró no sólo rechazar la ofensiva patronal de 1972, sino acrecentar sus propios niveles de conciencia y de organización política, cuando debía y podía enfrentar una prueba más difícil —haciendo de la lucha salarial generalizada e igualitaria, y de la lucha contra la inflación y los costos sociales, el instrumento de unificación de los estratos marginados y de construcción de estructuras organizativas viables en el territorio— ha perdido la ocasión y ha sufrido el contrataque adversario. Las responsabilidades son de todos, aunque de gravedad muy diferente: del PCI y de las confederaciones que a sabiendas han aceptado una tregua sin contrapartidas y han trabajado para imponerla; de la izquierda sindical, que por irresolución, timidez y acrítica confianza en el “movimiento que sería repartido”, se ha dejado enredar en el juego y ha aceptado el razonamiento político general de las confederaciones; y de todos nosotros, por no haber sabido atacar y combatir suficientemente este mecanismo. No hay duda de que se ha perdido en los últimos meses una batalla importante, al menos tan importante como la que se había ganado en los contratos.

Pero la reflexión crítica y autocrítica no puede ciertamente detenerse aquí. El retraso que ahora emerge en todo su alcance tiene sin duda causas mucho más lejanas y más profunda. *Desde hace mucho tiempo la lucha obrera debía realizar un salto cualitativo: de la fábrica a la sociedad, de la espontaneidad a la organización, de la estructura a la superestructura, de la autonomía a la hegemonía. Las bases de este salto ya habían sido dadas, a nivel de las*

* Andreotti: uno de los principales exponentes del ala derecha de la democracia cristiana.

masas, por la misma lucha de fábrica: pero las vanguardias políticas, en vez de trabajar para estimularlo, han trabajado para hacerlo más difícil. Dentro y fuera de las organizaciones tradicionales se han colocado sustancialmente a la cola del movimiento, lisonjeando y mitigando su radicalismo espontáneo para vivir parasitariamente de él. Economicismo o ideologismo han sido las fuerzas recurrentes en las que la riqueza de la experiencia de lucha se ha empobrecido, y se ha frustrado toda potencialidad hegemónica. Todas aquellas experiencias que implicaban una construcción paciente y una perspectiva global han faltado; el problema de la organización y de la estrategia política con contenidos y dimensiones adecuados a la realidad del enfrentamiento de clase, ha sido continuamente propuesto.

Y aún más: mientras tanto se ha consolidado un cambio de izquierda tradicional. La política del *compromiso histórico*, ciertamente, en sus aspectos más groseros de concesión, es impugnada, o mejor, suscita una incomodidad evidente, en el seno del partido comunista. La línea de tregua de las jerarquías federales es discutida cada día o corregida por los importantes sectores del sindicato. *Pero esto no niega que algo profundo haya cambiado en estos años en aquellas grandes organizaciones: su horizonte, si inspiración estratégica están ahora firmemente anclados en una hipótesis reformista.* Una rápida inversión de esta orientación es algo que no se discute: la experiencia y el empuje de las masas pueden, en ciertas condiciones, abrir contradicciones en este cuadro, pero, no por mucho tiempo, transformarlo; el esfuerzo de una organización política nueva, revolucionaria, puede, precisamente en la nueva situación, recibir una aceleración significativa, e introducir así en la dialéctica de clase un nuevo e importante elemento, para no llegar en breve tiempo a ofrecer aquella dirección política y aquel horizonte cultural de que el movimiento de masas tendría necesidad para enfrentar plenamente sus nuevas tareas.

VALOR Y LÍMITES DEL “PROGRAMA MÍNIMO”

Una estrategia anticapitalista, la construcción de una alternativa, no puede hoy sino tomar nota de esta realidad en su totalidad, o sea en su contradicción. Nos encontraremos en la necesidad de operar una situación que, si existieran niveles de conciencia y de organización adecuados, podría efectivamente convertirse en una situación revolucionaria: al menos en el sentido que se da a tal concepto en una sociedad como la nuestra. Pero la falta de estos niveles de conciencia y de organización no puede ser ya considerada un elemento solamente subjetivo, subjetivamente removible en breve plazo: es uno de los aspectos de la realidad. El

problema que se nos plantea —no nuevo pero hoy mucho más dramático— es el siguiente: *¿cómo utilizar los espacios nuevos y específicos ofrecidos por la crisis, y el patrimonio construido por las luchas del pasado, sin poder hacer de ellos la base de una verdadera lucha por el poder, de un inmediata estrategia de transición, sino sólo para crear las premisas, para construir un nivel más avanzado de la lucha de clases?* En otros términos, ¿cuál es el objetivo máximo real que una fuerza revolucionaria pueda proponerse en la fase actual, y con qué impulsos y alineamientos puede contar para alcanzarlo?

Una tendencia espontánea que puede fácilmente prevalecer entre las vanguardias políticas y sociales —precisamente en relación a su debilidad y a la complejidad de los problemas que debe afrontar— es la de un atrincheramiento defensivo: defender hasta lo último las conquistas realizadas en la fábrica y añadir, en términos de lucha, o aunque sólo sea de agitación, la tutela de los otros, múltiples e inmediatos intereses populares que la crisis ataca y atacará duramente. Lucha por el salario, rechazo de toda negociación sobre la utilización elástica de la fuerza de trabajo, lucha por los precios de los artículos de primera necesidad y por los costos de servicios sociales, respuesta “dura”, hasta la ocupación de la fábrica, frente a las primeras señales de despidos colectivos (obviamente sin ilusiones autogestionarias, sino con el objetivo de la “provocación” política, de la generalización del enfrentamiento).

Este programa responde a una exigencia sacrosanta y representa la base necesaria de todo proyecto político. Si el adversario logra hoy volver a iniciar la discusión sobre los niveles ya alcanzados por el salario y el control obrero sobre la organización del trabajo, cae verticalmente la única garantía, cambian todos los equilibrios de fuerza, sobre los que se puede apoyar una política de izquierda. La contrapartida: menos salario y poder en la fábrica para tener más consumos sociales y más poder político, es puramente ilusoria. Los espacios económicos y de poder así conquistados, los utilizaría la burguesía —y ya ahora los utiliza— no para organizar una política económica diferente, sino para posponerla, para eludir decisiones que de todos modos comprometerían su unidad y privilegio. No existe pacto o compromiso a alto nivel que pueda garantizar contra esta derivación. Análogo sería el resultado si se dejará pasar, como ya ha comenzado a pasar, una práctica de separación entre los intereses de los trabajadores ocupados, en particular los de las grandes empresas, y la masa de los desocupados, de los pensionados, de los trabajadores precarios y de las pequeñas empresas.

En esta separación no sería ya posible detener la carrera corporativa, ni la utilización indeterminada de los estratos más golpeados. En un periodo de amenaza recesiva *es ciertamente posible discutir la inoportunidad de nuevos, consistentes, incrementos de salario*

real, o la oportunidad de medidas específicas para una mayor utilización de las instalaciones que no comporten mayor explotación del trabajo, en vista de contrapartidas ocupacionales precisas; pero la defensa integral del salario real (y por lo tanto la continua adecuación del salario monetario a los precios) y la consolidación de las condiciones de trabajo ya adquiridas son puntos sin retorno; si se cede en éstos ya no es posible detenerse.

Por otra parte, se trata de un *programa mínimo efectivo*, y no de una plataforma propagandística. Los límites que tendrá el adversario para maniobrar el ataque al empleo, el cuadro político no estabilizado a la derecha, la fuerza adquirida por el movimiento de masas, la estructura no normalizada de las organizaciones sindicales de varias categorías: todo ello hace posible luchas importantes, y resultados reales, para rechazar en lo inmediato el intento de hacer pagar a las grandes masas el costo de la crisis.

Pero si tal tipo de resistencia es necesario y practicable, ¿es también suficiente? Este es el punto. A nuestro parecer no; *es más, aquello que como programa mínimo es inmediato e indispensable, en la medida en que se convierte en un error muy grave, conduce a una grave derrota. ¿Qué hipótesis surgirían entonces? Dos*, diferentes entre sí en la inspiración, pero igualmente negativas. Una, la de una repetición de la experiencia de los años 50: la explotación cada vez más propagandística y verbal del descontento y de la protesta para capitalizar, aun en el cuadro de una derrota, una fuerza organizativa, o más simplemente electoral, para ser utilizada en tiempo mejores. A diferencia de los años 50, esta línea sería practicada hoy con una modestia de fuerzas y con una falta de apoyos internacionales e ideológicos, que le impedirían alcanzar el gran objetivo de entonces: el de condicionar en sentido democrático la fase de la derrota, y de crear a pesar de todo una fuerza de oposición imponente y tangiblemente ligada a las grandes masas. Otra hipótesis, la de lograr atraer un multiplicación de impulsos reivindicacionales, a menudo al margen de la protesta indiscriminada, y sin hacerse cargo jamás de la construcción de un bloque alternativo sino como suma de las necesidades que el sistema defrauda y reprime. En el mejor de los casos, y en la más ambiciosa de sus metas, esta línea puede esperar radicalizar el enfrentamiento en el curso de la crisis, y hacer crecer grandes y tumultuosas experiencias de masas, pero al precio de un “transitorio” éxito violento y reaccionario.

En forma no casual quines tiran en esta dirección han tratado de interpretar la conclusión golpista de los acontecimientos chilenos como una enseñanza estratégica globalmente “positiva”, paso necesario para la construcción de un bloque revolucionario. Pero bastan los acontecimientos sucesivos para demostrar qué largo reflujo, qué incierta perspectiva implica este tipo de “crecimiento de la radicalización de las masas”.

El programa mínimo es y debe ser, a nuestro juicio, precisamente un programa mínimo. Un terreno inmediato, el momento defensivo, de un esquema mucho más completo y ambicioso. Que, aun descontando los retrasos con que la clase obrera ha llegado a la dificultad actual, trate de jugar a fondo todas las cartas que la crisis ofrece para la construcción de una alternativa, para utilizar en sentido ofensivo y hegemónico el patrimonio adquirido por la clase obrera en los últimos diez años.

Y ello es hoy posible solamente afrontando decididamente una serie de problemas sin los cuales, en un periodo de recesión, ninguna lucha salarial, y sobre todo ninguna defensa del empleo, pueden resistir: la política económica, la obtención y el destino de los recursos públicos, la distribución de la renta, la reestructuración de ciertos sectores productivos. *En sustancia, la cuestión, si no del modelo alternativo de desarrollo (porque de desarrollo real por ahora y en el interior de este sistema es irrealista hablar), al menos de aquello que podremos, por provocación, definir modelo alternativo*". ¿Hacia qué tipo de equilibrio global, hacia qué conjunto de decisiones interconexas, hacia qué instrumentos de poder, dirige su lucha la clase obrera en la fase de crisis, y en qué sentido piensa lograr un alineamiento de fuerzas políticas y sociales?

Es ciertamente un terreno extraordinariamente resbaladizo, en el que es fácil ser reabsorbidos por la lógica reformista: no porque sea imposible calificar también este tipo de lucha (como por lo demás lo ha sido para la más clásica de las luchas socialdemócratas, la sindical) en sentido anticapitalista; sino porque nos movemos aquí más lejos del antagonismo directo de clase, de la inmediata verificación de masa, movilizándolo fuerzas sociales más compuestas y fragmentarias. Hoy parece tanto más resbaladizo: por el hecho de que se debe afrontar no como proyección lineal de una experiencia política, de un diseño general madurado en la lucha obrera, administrado por estructuras obreras, dirigido por organizaciones políticas coherentemente de clase; sino tratando de aprovechar la objetividad de la crisis, de utilizar impulsos y experiencias que el reformismo organiza, de poner en práctica alineamientos espurios. Y sin embargo a nosotros nos parece necesario y posible aceptar hasta el fondo este riesgo, cabalgar este tigre. Necesario: porque un cuadro de referencia política y pragmática es necesario para dar legitimidad y credibilidad al rechazo obrero en la fábrica de mercantilizar las conquistas logradas; porque los objetivos de lucha en lo social deben encontrar el camino para unificarse, un criterio con el que medirse, y el modo de enfrentar el problema del empleo; y porque, sobre todo, sólo así se pueden construir alineamientos sociales y políticos amplios, implicar estratos intermedios y fuerzas reformistas, sin las cuales, en la situación actual, toda voluntad de lucha corre el peligro de

seguir siendo pura declamación.

Posible: porque todo intento reformista debe moverse hoy en un cuadro de crisis, con márgenes restringidos, por caminos y con tiempos obligados, por lo tanto sin capacidad hegemónica; y porque se puede contar con la riqueza y la extensión del patrimonio de valores, de experiencias, de cuadros, sedimentado en los últimos años (un patrimonio anticapitalista que la clase obrera no es ahora capaz de dirigir en forma organizada o de expresar como programa, pero que ya ha contagiado amplia y establemente a grandes masas y a múltiples dimensiones de la vida social).

ALGUNOS TEMAS PARA UN PROGRAMA DE GESTIÓN DE LA CRISIS

Veámoslo en concreto. *El conjunto de los objetivos en los que pensamos, a modo de hipótesis muy tosca, y sobre los que valdría la pena profundizar y discutir el razonamiento, se puede esquematizar en cuatro puntos.*

1] *El problema de la distribución del ingreso, o más simplemente, de quien paga la fase de estancamiento y de reconversión productiva.*

Tanto el nivel de vida de las masas como el del empleo, en una fase recesiva, no son defendibles sin un programa masivo de gastos públicos para financiar consumos colectivos, bienes primarios a bajo costo, programas de sostén de la ocupación en los sectores de baja productividad y de reconversión en otros sectores. Este gasto puede ser fundamentalmente cubierto por el déficit de la balanza estatal o por mayores entradas fiscales. Puesto que la actual crisis no es causada por una insuficiencia genérica de la demanda, ni puede ser rápidamente superada haciendo funcionar los consumos sociales como multiplicadores del desarrollo, la decisión de mantener un déficit de balanza presupone un no tomar en cuenta una nueva aceleración del proceso inflacionario. Y por lo tanto, aceptar por una parte ampliar tal gasto público sólo dentro de márgenes modestos (incluso la inflación tiene sus límites), y por la otra proponerse financiarla, en la práctica, con la limitación de los ingresos fiscales y en particular del salario obrero. *La decisión por la que hay que luchar a fondo es por lo tanto la de un fuerte aumento de la acumulación y del gasto social a través de la presión fiscal sobre los ingresos medios y superiores.* Es una gran batalla igualitaria, pero de tipo nuevo: ya no se trata de igualitarismo obtenido con la transferencia de la ganancia al consumo, o con la nivelación de las retribuciones individuales, sino con la transferencia de parte de los ingresos de todos modos privilegiados, y de los consumos individuales no esenciales al consumo colectivo o al financiamiento de inversiones socialmente útiles.

Es una batalla que no se gana sino en gran escala: “reformas fiscales”, en Italia, han fracasado muchas. Se trata en este sentido de crear verdaderamente el clima de la economía de guerra, de hacer realizar a la conciencia colectiva un salto similar a aquel, por ejemplo, dado con la conquista del derecho de huelga. Una operación de redistribución general de la riqueza, de la que la clase obrera empleada puede convertirse en punto de referencia en el sentido de *aceptar por un cierto periodo el propio salario real como discriminante estable por encima del cual se imponen progresivamente sacrificios, por debajo del cual se siguen persiguiendo incrementos de consumo individual.*

Sería una batalla perdida antes de empezar, si no nos encontrásemos en medio de una crisis económica y si, sobre todo, en los últimos años, la temática del igualitarismo no se hubiese convertido en patrimonio de los obreros y no hubiese penetrado en estratos y corrientes políticas bastante amplios. En tales condiciones es por el contrario una batalla abierta, cuyo éxito depende en buena parte de la capacidad de mostrar claramente, en lo in mediato y en perspectiva, para qué puede servir el gasto público. Mostrarlo claramente también a la clase obrera, que en este terreno no tiene experiencias ni ideas, por lo que es justamente desconfiada.

2] *el problema de los consumos colectivos.* Que éstos no pueden funcionar como elemento impulsor del mecanismo capitalista, no quita nada al hecho de que un gasto masivo, y una planificación racional, en el sector de los consumos sociales podría representar un paso adelante hoy decisivo para las condiciones de vida de las masas y para el nivel civil de toda la sociedad. El cambio de recursos significativos de consumos individuales no esenciales a consumos sociales puede garantizar tanto una mayor satisfacción de las necesidades aun sin sustanciales incrementos productivos, como, *al menos a careto plazo*, mayores oportunidades de trabajo.

En una fase de previsibles estancamiento estos objetivos resultan vitales, y esta diversa distribución de recursos elemento cualificante del enfrentamiento político y social. A condición de que sean éstos los objetivos efectivamente perseguidos en la formulación concreta de la política de gasto público. Lo que no está en absoluto conforme con las intenciones y los intereses reales de las fuerzas capitalistas, aun avanzadas, y no está nada claro en el modo de razonar de la izquierda reformista: para la cual la finalidad prioritaria del gasto social debe ser el apoyo, que no puede llegar directamente a los sectores productivos avanzados, para estimular el nuevo impulso. De semejante proposición derivan decisiones concretas. Tanto por lo que respecta a qué bienes colectivos producir (por ejemplo: ¿un nuevo renglón de organización privada subvencionada o urbanización pública, fuera del mercado?);

como por lo que respecta a cómo producirlos (¿intensificando la productividad independientemente de los niveles de empleo, o la inversa?); como por lo que respecta a su distribución (¿sostener con el dinero público la promoción a los compradores de ciertos bienes—casa, instrucción, salud— de un renglón de ingresos medio-inferior, o partir de las necesidades primarias de los estratos más pobres?). Una línea de clase no es difícil de individualizar aunque sea difícil llevarla adelante en este sector. En sustancia se reduce a tres discriminantes. *Una política acentuadamente igualitaria en la producción y en la distribución de los bienes colectivos*, los cuales, en la práctica por más que sean colectivos no están destinados “a todos”, sino que se dirigen a ciertas necesidades y a ciertos estratos. *Una clara autonomía (como en su tiempo se afirmó para el salario respecto a la productividad) del consumo colectivo de su directo objetivo productivista* (que por otra parte en este caso es el único modo de garantizar una verdadera productividad: en una serie de sectores, por ejemplo —como la escuela o la salud—, no tendría ningún sentido perseguir una pura ampliación cuantitativa, fuente de despilfarro, y existen ya necesidades y capacidades de gestión que piden un modo de plantear el problema más allá del horizonte capitalista). Por último —porque estos recursos colectivos, en una época de crisis, cuentan y cuestan a todos y deben dar un máximo de bienes y un máximo de ocupación— *es importante también la máxima eficacia: o sea lucha a fondo contra el anidarse del parasitarismo en el gasto público, contra la burguesía de Estado y la parálisis burocrática.*

Muchas estas cosas son extrañas, e incluso en cierto sentido trastornan un modo de pensar y de operar de las vanguardias formadas en los últimos años. Pero, en sustancia, muchas otras están ampliamente presentes y maduras: no sólo, una vez más, el empuje igualitario (empleo e ingresos mínimos son preocupaciones mucho más vivas entre los obreros italianos que entre los de cualquier otro país); sino también contenidos cualificantes maduros en la lucha de fábrica (sobre las calificaciones, las 150 horas, la seguridad) que ya ofrecen brotes generalizables de gran significado en el terreno de los consumos sociales. *Nada impide por lo tanto que, aunque sea en base de procesos que el sistema mismo promueve, o sobre experiencias que los reformistas mismos promueven, se desarrolle (como ya ha sucedido en las luchas de fábrica) la impugnación por parte de fuerzas más radicales.* La verdadera diferencia está en el hecho de que, a este nivel, la impugnación puede crecer sólo en forma mucho menos espontánea, y ya presupone organizar plataformas y coordinación.

3] *El problema del empleo.* Éste será, probablemente, el nudo más dramático, y más difícil de desenredar, en los próximos años. No porque sea de prever una caída súbita de la producción, tipo 1930, o una reconstrucción global y selectiva del tipo 1950. Sino por la

reunión de una serie de elementos que se han acumulando y que pueden multiplicar las consecuencias incluso de reajustes limitados de ocupación y hacer más compleja una política para afrontarlos. Ante todo, nuestro sistema social registra desde hace diez años un descenso continuo de la ocupación: la población activa se ha reducido ya a niveles alarmantes (35 por ciento). Buena parte de estas mismas actividades cubren formas de trabajo precario o desempleo disimulado (trabajo a domicilio, comercio, hipertrofia de los empleados públicos). La mayor parte de los establecimientos industriales de punta, por otra parte, trabaja generalmente por debajo de su capacidad, desde hace mucho tiempo pospone una renovación tecnológica y, cualquiera que sea su tasa de desarrollo, no es posible que absorban (y en efecto desde hace diez años no absorben) nuevas e importantes masas de trabajadores. La válvula de seguridad de la emigración no puede funcionar ya como en el pasado, por la competencia de otros países suministradores de brazos, y el surgimiento de problemas de empleo en toda el área desarrollada. En suma, Italia es ya un país con fuerte desempleo, que no lo parece, y en ciertos aspectos no lo es, sólo gracias a las grandes estrangulaciones del mercado de trabajo, y a la geométrica dilatación de los sectores parasitarios. Una recesión, aun moderada, puede hacer explotar el problema (sobre todo si comporta también el componente de la demanda exterior). Y particularmente difícil resulta afrontarla porque, dado el carácter específico de nuestra estructura económica-social y el carácter específico de la crisis actual, todo intento de renacimiento productivista y todo esfuerzo racionalizador puede fácilmente producir nuevo desempleo más que nuevo empleo.

Resulta así totalmente ilusoria la perspectiva, sostenida por los reformistas, de resolver el problema del empleo sobre todo intensificando las inversiones y renovando el mecanismo de desarrollo capitalista. El binomio está garantizado en absoluto; aun más, está garantizado lo contrario. Pero también parece difícil una lucha de clases por el empleo. La experiencia enseña que la defensa de los empleos *existentes* no llega lejos. Se trata entonces de lograr iniciar luchas por *nuevos* empleos, por una política de empleos. *Esta lucha tiene un presupuesto: que se afirme, y se imponga, como decisión política, en la determinación de la inversión, el nivel del empleo como prioridad respecto a la específica contribución productiva que se deriva.* Es la decisión adecuada en sectores de baja productividad, en tecnologías de alto contenido de trabajo. No se trata de una decisión tan paradójica en un sistema en el que la población productiva es tan baja, en el que las relaciones de fuerza político-sociales hacen muy costosa (a veces privilegiada) la parte inactiva o parasitaria, en el que el bajo empleo alimenta (al menos en grandes regiones) in proceso de disgregación y de corrupción que bloquea toda posibilidad de desarrollo.

De todos modos es una decisión que implica dos problemas ulteriores. Ante todo el del financiamiento. Empleo a baja productividad puede significar dos cosas: o explotación más intensa de ciertos estratos de trabajadores, “acumulación de trabajo”, o sea pagas diferenciada y horarios más largos (una economía de dos sectores —a la “japonesa”— experimentada por los demás entre nosotros desde hace mucho tiempo en la pequeña industria o en la agricultura); o bien apoyo público que en alguna forma garantice el nivel de vida y las condiciones de trabajo de los empleados) lo que evidentemente abre grandísimas dificultades de financiamiento; también ésta es una gran operación de redistribución del ingreso). Eso hace tanto más dramático el segundo problema: *el de garantizar una racionalidad a este apoyo público dirigido hacia sectores “protegidos” respecto al mecanismo de mercado.* Precisamente en nombre de la defensa del empleo han florecido en Italia las peores iniciativas electoreras, las más desprejuiciadas operaciones de explotación privada del gasto público, los derroches y los parasitarismos más grotescos. En una fase en la que lo que se emplea en una dirección se quita en buena parte de la otra, la multiplicación de esta tendencia sería suicida. Empleo, cualquiera que sea (llámenlo incluso “salario político”), no es una consigna creíble. La única vía de escape posible es la del anclaje preciso de la política de empleos a prioridades socialmente reconocidas: el nexo ocupación-agricultura-consumos sociales (en términos de lucha: censo de las necesidades, censo de la fuerza de trabajo, identificación de los flujos de dinero público, plataformas de reivindicaciones para controlarlas) resulta entonces absolutamente estrechísimo. Y es también el único modo de quitar a la lucha por nuevos empleos el carácter de una presión genérica.

Todo ello no quita, obviamente, que ése siga siendo, como ha sido siempre el terreno más arduo, aquél en que es más fácil la propaganda, o incluso la movilización esporádica, y más difícil por el contrario una iniciativa coordinada y eficaz.

El problema del empleo tiene también otro aspecto. En el momento en que se lucha por una distribución diversa de los costos de la crisis, que se antepone el nivel de empleo a la productividad, que se implantaba una política de consumos sociales autónoma de las exigencias de relanzamiento de la ganancia, no es posible ignorar que puede iniciarse una crisis vertical del aparato industrial. Porque este complejo de políticas económicas afecta al equilibrio actual de las empresas tanto como y aún más que una carrera salarial. También es posible negarse a tomar en consideración este hecho: eso sin embargo significa apuntar no a una gestión maniobrada de la crisis, sino a su precipitación. Y entonces sería necesario saber cómo resolver positivamente un enfrentamiento resolutorio. La hipótesis que estamos considerando no es ésta.

PROGRAMA, PODER DE CONTROL, FORMACIONES POLÍTICAS

No creer en un compromiso histórico con el capital avanzado, no quiere decir no plantearse autónomamente la pregunta de cómo evitar precipitaciones de la crisis que no se pueden sostener. Por esto una defensa de los actuales niveles de empleo de la industria, y en general de toda la política económica de que estamos hablando (aun si procede como programa de lucha, y no como programa de gobierno), comporta, en el próximo periodo, puntos de mediación. Se trata de elegir cuáles, y con qué contrapartidas. Algunos ya están evidentemente en discusión: por ejemplo el de la mayor utilización de las instalaciones: nuevos turnos, 36 horas, etc. Nuestra opinión es que (mientras siga firme el rígido rechazo de una intensificación de la explotación de los actuales ocupados) se trata de una cuestión que se puede discutir seriamente. Pero sólo si se la enfrenta, al menos en término de principio, globalmente. Porque así puede ser discutida contextualmente a las contrapartidas que la califican: la cuestión de los servicios sociales, particular los transportes; y la cuestión del empleo en general, *fuera de la ilusión de que sea de los “nuevos turnos” de donde puede venir una verdadera masa de puestos de trabajo*. Mayor utilización de las instalaciones quiere decir sólo una cosa: permitir un respiro, y mayor productividad, a un sector industrial y capitalista ya en dificultades que se quiere someter a una terapia de shock ulterior, y que no se quiere hundir bien sea por las consecuencias que de ello se derivarían en el plano interior, bien sea porque por ahora sirve como sector clave de los cambios internacionales.

Otro punto de mediación, siempre respecto a la ocupación industrial, puede ser —pero es una hipótesis aun por verificar totalmente— una política de grandes inversiones en la investigación y de estímulos económicos en dirección a una reconversión de sectores industriales para la exportación de bienes y técnicas hacia países en vías de desarrollo. Los cuales hoy, precisamente por las nuevas relaciones de cambio internacionales, pueden intentar un camino nuevo, y tienen los medios inmediatos para convertirse en socios comerciales de Italia, que no tiene grandes posibilidades de conceder créditos pero que podría, a diferencia de otros, implantar una política exterior y una política económica no imperialista.

4] *El problema del poder público, que condiciona y los resume todos*; porque en todos los terrenos a los que hemos aludido, y en los cuales la lucha está destinada a desarrollarse, el interlocutor principal es el Estado en sus diversas articulaciones. Pero el Estado actual, y las fuerzas políticas que lo dirigen, aunque reagrupadas, no dan la más mínima garantía, no digamos de promover, pero ni siquiera de soportar el tipo de decisiones, por más que en sí mismas no sean “revolucionarias”, de que hemos hablado. En efecto, pondrían de inmediato

en tela de juicio el equilibrio de intereses sobre los que se apoya la democracia cristiana; no podrían, más allá de definiciones genéricas o de aspectos aislados, obtener el aval de las fuerzas capitalistas dominantes; y por último, quizá sobre todo, en estos nuevos terrenos están todavía por formarse enteramente los alineamientos sociales y hasta las mismas corrientes de opinión, removiendo intereses, venciendo costumbres, movilizándolo nuevas necesidades, nuevos estratos, nuevas capacidades organizativas.

Por lo tanto, pensar en esta serie de opciones de política económica como en un programa de gobierno, en un conjunto de leyes de reforma o de decisiones de gasto, fruto de acuerdos por arriba, aunque fuera bajo la presión de un empuje de masa, es puramente ilusorio. Éstas no pueden ser sino el fruto de un movimiento de masas permanente y articulado, capaz de funcionar en todo momento y en todo sector, además de cómo fuerza de presión, como contraparte del poder público en “controversias” precisas, como elementos de control permanente, e incluso de gestión activa de las conquistas obtenidas. Algo más y algo diferente a la “política de las reformas” y a la “práctica del objetivo”: o sea gestión directa y de masas de un programa de lucha que poco a poco se imponme y se controla y cuyo avance no resuelve sino que profundiza la crisis del sistema. No se trata de “imponer desde abajo en forma distinta la línea reformista”, sino de llevar adelante en forma distinta del reformismo un programa que es intrínsecamente distinto, porque parte de la desmitificación de la ilusión del “nuevo modelo capitalista”. Si no se logra, en la articulación de los objetivos y de las experiencias, hacer avanzar el razonamiento sobre la redistribución del ingreso, sobre los consumos sociales, sobre la ocupación, como instrumento de lucha real de las masas, como crecimiento de poder primero y más que de objetivos aislados, toda distinción de planteamiento y de contenido resulta formal.

Por esto, precisamente en el momento en que la situación pide un mayor empeño de la clase obrera a propósito de las decisiones públicas y de la política económica, nosotros consideramos aún más (y no menos) peligrosa la entrada del PCI en la mayoría de gobierno. Ante todo, en efecto, tal entrada procede solo si, y en la medida en que, el partido comunista colabora activamente —quizá en nombre de un “programa avanzado”— para regular el movimiento de masas, para reprimir las experiencias más radicales, para impedir la extensión de su iniciativa dirigida a nuevos sectores de la sociedad; peligro tanto más grave en el momento en que el empuje espontáneo, y el radicalismo del movimiento, ya de por sí encuentran dificultades crecientes. Por otra parte, tal entrada comporta también una creciente ruptura entre los sectores de vanguardia y el conjunto de la izquierda reformista, el cierre total de canales de comunicación entre lucha de masas y nivel institucional, precisamente todo

aquello que, en una fase como ésta, quitaría a la lucha y al control desde abajo gran parte de su eficacia respecto a las opciones públicas. Pero admitiendo por el contrario —de modo totalmente abstracto— que las cosas vayan de otra manera, que el hecho mismo de la ampliación a la izquierda de la mayoría, más allá de las intenciones de quien lo realiza, estimule una radicalización del movimiento, y agudice las contradicciones internas de la burguesía y de la DC, ¿cuáles serían las consecuencias? Una rápida precipitación de la crisis política antes y sin que se forme a la izquierda, social y políticamente, una alternativa: una evolución de tipo chileno.

No se quiere decir con esto, evidentemente, que en el trabajo de construcción de una solución revolucionaria, no se plantee nunca el problema de actuar también a nivel de gobierno, y que todos los gobiernos sean iguales hasta que sea posible uno que apunte incluso hacia una transformación global del poder. Pero un gobierno de izquierda reformista (para entendernos, de tipo allendista) puede tener una función positiva, en vez de abrir el camino a la derrota, sólo cuando ya se hayan construido las condiciones mínimas, subjetivas y objetivas para enfrentar la rápida aceleración del choque y la lucha por el poder estatal. Con una relación de fuerzas, en la izquierda, todavía favorable por entero a los reformistas, y con un movimiento de masas todavía fragmentado e incluso políticamente en dificultades, como tenemos ahora en Italia, el ingreso del movimiento obrero tradicional en el gobierno sería, no la ocasión de un paso adelante en la lucha de clases sino más bien en la derrota. Todo ello resulta hoy mucho más evidente que ayer. Análogamente resulta más claro también el problema de la “nueva oposición”. La cual no puede ser, si es que acaso alguna vez lo ha sido, concebida como dato de partida y como formación homogénea —sino sólo *como objetivo de lucha*, a alcanzar a través de la presión del movimiento de masas y con el desarrollo de un gran debate en las fuerzas históricas; y como *formación articulada*, teniendo en su propio interior un componente revolucionario en formación, pero también capaz de utilizar el componente reformista en su especificidad.

Todo ello, en fin, caracteriza en forma más precisa el problema de la lucha en el gobierno de centro-izquierda. En la primavera pasada, o en el verano, cuando aun era fuerte el empuje obrero salido de los contratos, lo esencial era, a nuestro juicio, impedir que el centro-izquierda se constituyera o permaneciese en pie para conducir la operación que en lo hecho ha conducido posteriormente (gestión de la inflación y tregua social). Hoy resulta sin embargo esencial que caiga *en cierta forma*: es decir por el surgimiento en su interior y en su exterior de contraposiciones pragmáticas precisas y positivas. Sólo así la crisis de gobierno, aun si no permite alternativas inmediatas, asume en realidad un verdadero valor, pone en dificultades a

la democracia cristiana.

Sería hacer todo un razonamiento —para el cual estamos muy impreparados— sobre los objetivos concretos de lucha respecto a la misma estructura y a la configuración de las diversas instituciones de poder estatal, no con la ilusión de “democratizarlos”, sino con el objetivo de volverlos más expuestos al control por parte de formas alternativas y directas de democracia. Así como sería necesario inventar, con fantasía pero con gran precisión, formas e instrumentos de lucha obrera directa, de práctica del objetivo, de gestión de conflictos reales, capaces de afectar a empresas o sectores en crisis, de impugnar el poder del capital o del Estado aun en sus opciones económicas. Hay que decir claramente que sin esta articulación de objetivos, sin este crecimiento de poderes alternativos, sin esta dislocación de formaciones políticas, estratégicamente bien distintas pero capaces de luchas unitarias, el proyecto del que estamos hablando permanecería totalmente abstracto, un “modelo” contrapuesto a otro.

MODELO DE ESTANCAMIENTO Y MODELO DE DESARROLLO

Las alternativas que hemos venido ejemplificando y que esbozan un programa general para una fase completa, no prometen un rápido salto fuera del sistema capitalista (y ni siquiera del crecimiento lineal y arrollador del radicalismo y autonomía de las masas), ni plantean ilusiones sobre la construcción de un modelo alternativo de desarrollo en el interior de este sistema. Son, una vez más —en forma nueva frente a una situación nueva—, una línea de gestión de la crisis, que se de por descontado sería larga y complicada y que nos esforzamos por no cerrar ni hacer precipitar ciegamente.

Hay que decir sin embargo con gran claridad que —a pesar de las apariencias— se trata de un proyecto extremadamente ambicioso, siempre al borde de un choque frontal, con la amenaza de una rabiosa contraofensiva del bloque de intereses perjudicados. Ante todo, en efecto, redistribuir los recursos entre las diversas clases y entre los diversos empleos, en una fase de relativo estancamiento de la masa de tales recursos, quiere decir saber imponer a una parte no sólo un incremento del ingreso individual más bajo de aquel al que está habituada; sino una autentica contradicción de éste. Y tampoco se trata solamente del pequeño grupo de los grandes burgueses, de los principales profesionistas, de los más altos burócratas. Si se quiere realmente impedir que los costos de la crisis reviertan sobre las masas más pobres, y por el contrario se quiere, precisamente en este periodo, llevar adelante un cambio a su favor, *estratos muy vastos de la sociedad italiana deben aceptar, en forma proporcional, pesados sacrificios tanto en términos del ingreso percibido como en el plano de los mil pequeños*

privilegios de que disponen. Pesados y no breves: porque no es posible que sobrevenga una rápida y arrolladora recuperación de la expansión, y porque, de todas formas, una gran reconversión de la organización social y productiva implica siempre un fatigoso periodo de ajustes y asentamientos. Estos sacrificios, ya en el momento en que se imponen, no tienen carácter puramente punitivo. Pueden ser propuestos (al menos a los grupos no dominantes y no fuertemente privilegiados) a cambio de contrapartidas visibles.

Pero es inútil ocultarse que este “trueque” no será aceptado con ningún entusiasmo; se trata de renunciar a privilegios seguros, y a bienes que desde hace tiempo se está habituado a considerar esenciales, a cambio de ventajas no inmediatamente apreciables y por la satisfacción de necesidades que hasta ahora todo ha contribuido a hacer poco conscientes.

Por otra parte, se trataría también de un camino sin regreso. Extender al conjunto de la sociedad, aunque sólo en parte, el proceso de impugnación de valores, costumbres, jerarquías, poderes, sobre los que se basa el sistema, sino es bastante para destruirlo, y para sustituirlo por un mecanismo distinto, basta sin embargo para desmantelar del todo las condiciones de su total recuperación. Si la fase de la crisis y del estancamiento, en lugar de reestablecer el poder y la ideología del capitalismo, sirve para dañarnos más, eso significa hacer entrar definitivamente este sistema en el túnel de la crisis: después de lo cual, la alternativa entre salto revolucionario (cualquiera que sea la forma) y reacción abierta, resulta verdaderamente tajante y rígida.

Ser conscientes, hacer conscientes a las masas, de estos hechos (de la dimensión del choque, de su carácter global y en perspectiva “violento”), es hoy absolutamente esencial. El peligro mayor está seguramente en la superficialidad y en la falta de precisión con que los reformistas administran sus propias fuerzas, en el modo en que enfrentan una crisis que incluso, más allá de las palabras, alimentan a su modo. Víctimas ellos mismos de la ilusión del “nuevo modelo de desarrollo capitalista” subestiman la lucha por el poder estatal que de todos modos se prepara.

Eso quiere decir ante todo, obviamente, que es necesario más que nunca operar activamente en la construcción de un nivel de movilización, de participación directa, de participación constante de las grandes masas populares, o sea de aquellos que efectivamente y sin reservas tienen intereses en sostener cierto programa en el curso de la crisis. Ahí está uno de los puntos más absurdos de la política actual del PCI: la tendencia a reivindicar cada vez más una “delegación” de las masas que representa, en la esperanza de que, por otra parte, la democracia cristiana pueda a su vez tratar en nombre de los estratos perjudicados por la política de las reformas y así “decapitar” políticamente a la resistencia corporativa. Aparte la

naturaleza de la DC, es ridículo esperar que la multitud de intereses retrógrados presentes en la realidad italiana se presten a este juego. Mil experiencias de nuestra historia y de la de otros, últimamente la chilena, han demostrado qué extraordinaria capacidad de movilización tiene esos intereses, y que autonomía política. En Chile no ha habido ruptura con las capas medias y con la burguesía porque se haya roto todo entendimiento con la DC; al contrario ha sido imposible cualquier entendimiento (que no fuese concesión) porque estos grupos sociales se habían radicalizado en la dirección peor, y porque no se han encontrado frente a un proletariado capaz, ya a nivel de la sociedad, de unificarse en una perspectiva precisa y de ejercer una dirección política.

Igualmente importante sin embargo es el hecho de saber hacer crecer, en una fase como ésta, y en apoyo de un programa como éste, además de la movilización, un gran empuje ideal de largo alcance, el sujeto de una hegemonía, un proyecto, en suma, a largo plazo, para el cual poner término a la batalla presente, y gracias al cual los sacrificios asuman un valor distinto. Incluso políticas limitadas en horizontes internos al sistema y a sus principios, como la del frente popular y de la unidad antifascistas, obtuvieron su fuerza de la unión con una gran perspectiva. El mismo compromiso togliattiano de 1945 hubiera tenido un significado y resultados bien distintos y peores si no se hubiera apoyado en el empuje de una gran esperanza revolucionaria, en la esperanza de un mañana distinto, en la confianza en la revolución bolchevique: aquel era el eje sobre el que se movilizaban grandes fuerzas, y con el que se llenaban de significados incluso objetivos limitados. La debilidad del reformismo actual está en su modestia idea, en su corta respiración. Reivindica un gran papel en el momento de la síntesis política, de la opción global, del proyecto, y por el contrario en la realidad vive sólo como rutina escuálida y modesta: su cultura es de la universalidad y de la televisión; sus cuadros se forman en los consejos comunales; las grandes cuestiones, sobre el pasado y sobre el futuro de las revoluciones, le son extrañas. ¿De dónde podría nacer esa carga subjetiva, ese “nuevo principio” capaz de dirigir aunque sólo fuera una gran experiencia reformista? ¿Cuáles deberían ser los temas y los contenidos de esa revolución “intelectual y moral” que los burócratas del movimiento obrero introducen hoy en sus discursos en forma mísera? Pero aquí está también, reconozcámoslo, el límite de la izquierda revolucionaria. Límite que hoy resulta paralizante. Ha habido en este nuevo sector de la realidad política italiana una extraordinaria floración de militancia, de moralidad, de ideas. Que sin embargo no ha logrado convertirse en proyecto, programa, reflexión sobre el socialismo existente y sobre el posible.

ALTERNATIVA DE CIVILIZACIÓN EN UNA CRISIS DE CIVILIZACIÓN

A nuestro parecer hoy puede ser seriamente enfrentado este límite, sin abstracciones. *Es el punto de partida y precisamente el razonamiento (y el empeño práctico) en torno a lo que como provocación hemos definido “modelo de estancamiento alternativo”. Porque este “modelo”, que es una línea de lucha, no sólo puede permitir reunir las fuerzas subjetivas necesarias, sino también construir las condiciones objetivas para el paso de un sistema a otro. Porque ese “modelo de estancamiento” (redistribución del ingreso, consumos colectivos, alta ocupación aun a baja productividad, poder de las masas sobre las opciones productivas) es la premisa necesaria (como lo han sido y lo son las luchas obreras sobre la organización del trabajo, o las estudiantiles de impugnación de la cultura y de las jerarquías) de un “modelo alternativo de desarrollo” real, más allá del sistema, e incluso lo prefigura. Del único “modelo de desarrollo” que hoy es histórica y racionalmente concebible. Un modelo que tenga esto de esencial: que un rápido y difuso aumento de la productividad (y por lo tanto una utilización planificada de la ciencia) en toda la base productiva de bienes materiales, no sea principalmente el presupuesto de una multiplicación cuantitativa de las mercancías, sino que principalmente ofrezca la posibilidad de liberar cuotas crecientes de recursos humanos y materiales para un tipo de actividad o de consumo igualmente libres e igualmente creadores. Donde la producción es ya satisfacción de necesidades, y el consumo producción de capacidad. No el otium individual, el “juego”, el derroche, sino un sector de actividad social organizada, no por ello sin embargo dominada por el mercado, por la ganancia, por el valor: la instrucción, la cultura, la educación de las nuevas generaciones, la administración de la cosa pública, la investigación, etcétera. Un desarrollo, ciertamente, basado en gran parte aun sobre los “dos sectores” (el uno mercantil, el otro no) como por lo demás lo está también el actual: pero en el que el papel históricamente impulsor, y unificador, corresponda al sector no mercantil, como presupuesto y fin de la producción material.*

Nunca será posible trabajar en esta hipótesis —que sin embargo vive ya en las cosas y en las necesidades de los hombres— sino habiendo acumulado, en el curso de una larga crisis y de una larga lucha, no sólo los niveles de conciencia, sino también los presupuestos reales de una transformación tan radical. En otros términos, sin que la lucha obrera haya atacado e impugnado todo el campo de la superestructura, disgregado y reagrupado otros estratos sociales, creado necesidades, cultura, capacidad de gestiones alternativas. En ese momento el salto revolucionario, la ruptura traumática, el poder estatal no serán menos importantes, no

hay transición a un sistema superior sin dominio sobre el Estado: pero podrán suceder como expresión e instrumento de un programa efectivo, y efectivamente practicable.

Profundizar, articular esta perspectiva, hacer del razonamiento sobre el comunismo un razonamiento “concreto”, tejido sobre las contradicciones y sobre las fuerzas ya existentes y hacer explícito el lazo entre el “modelo alternativo de desarrollo” y “modelo alternativo de estancamiento”, es esencial ya hasta para acción presente. Sólo así puede quedar claro cómo nuestra actitud respecto a la crisis no es la de optar por un modelo de estancamiento en general, de un neomaltusianismo romántico, ni pura confianza en la rebelión sino un rechazo a identificar el desarrollo con la extensión de su base material y a concebir esta base material como el “primum movens” al que todo se debe subordinar. *Precisamente porque no creemos en el comunismo como utopía de la redención, sino como “movimiento real capaz de abolir el estado de cosas presente”, y al mismo tiempo vemos toda la ruptura traumática que tal transformación implica, nos debemos plantear el problema de la “transición” en forma extraordinariamente más articulada y concreta de lo que nunca se haya hecho: no simplemente como el programa de un nuevo poder estatal sino como producto fatigoso de un largo itinerario histórico, de revoluciones y reflujos. Algo más parecido, para usar una sencilla imagen, a la caída del imperio romano que a la revolución francesa. El “modelo de estancamiento” es una de estas fases: aquella en la que la autonomía obrera comienza tomar la forma de una hegemonía y por esto puede abrir con plena legitimidad la lucha por la dirección del Estado.*

Decir y hacer, no estas cosas que pueden ser en su mayor parte inexactas, sino este tipo de cosas, querría decir cumplir, para la izquierda revolucionaria y para las vanguardias de clase, tal como son actualmente, un salto cualitativo, y hasta una ruptura neta, respecto a sí mismas. Algo similar, para no citar sino los ejemplos más conocidos, a lo que sucedió en el partido ruso en el momento de la NEP, o en los partidos comunistas occidentales a comienzos de los años 30. Cada vez que aquel salto fue intentando se pasó, por así decirlo, “más allá de la raya”. Para convertirse en “clase dirigente” del proletariado, y su partido, terminarán por asumir buena parte de los contenidos y de las funciones que fueron propias de las clases dirigentes del pasado. La operario a realizar sería por el contrario hoy introducirse en la crisis de este sistema para hacer crecer, más allá de la revuelta, una nueva “visión general”, pero general en serio, en cuanto abolición de la sociedad de clases y de todo su horizonte de valores. ¿Es una empresa ya posible para las fuerzas que nosotros representamos? Difícil decirlo. Lo seguro es el hecho de que es posible sólo a condición de que con esta conciencia, con esta intención, se construya una fuerza política capaz de enormes tensiones ideales. Capaz

de rechazar la tentación más fácil: que es hoy la de administrar una derrota del movimiento y de expresar la “conciencia media” de los descontentos y de los excluidos; renunciando a aprovechar a fondo la que hoy se manifiesta como crisis de sistema (y de civilización) para construir un sistema (y una civilización) radicalmente distintos.